



O. Henry (1862-1910)

Nota de la Redacción

O. Henry (1862-1910). Editors' note

Lo habitual es más sorprendente que lo extraordinario.

O. Henry

■ William Sydney Porter, maestro del relato breve, más conocido por su seudónimo de O. Henry, nació el 11 de septiembre de 1862 en una plantación de tabaco cerca de Greensboro, en el Estado norteamericano de Carolina del Norte. Su madre murió de tuberculosis cuando apenas tenía tres años y fue llevado por su padre, médico en ejercicio, a la casa de la abuela paterna en aquella ciudad. Estimulado por su tía Evelina María Porter, maestra de escuela, desde muy pronto fue un omnívoro lector que en 1879, poco antes de cumplir los 17, se ponía a trabajar como contable y mancebo en la farmacia de uno de sus tíos. En aquella rebotica, a la par que entre retortas y botámenes se sumergía en los libros del “debe” y el “haber”, sufría el lamido de la tisis y mostraba talento para el dibujo del natural.

Por aquello de la influencia del clima en el sanar y acompañado por un médico amigo de la familia que debía ir a Texas, en 1882 fue a parar al rancho que en el condado de La Salle tenía un hijo del galeno. Allí, durante dos años cocinó, cuidó los hijos del dueño, pastoreó ovejas, reparó cercas, puso emplastes, elaboró febrífugos, aprendió español con los operarios mexicanos, y en los ratos libres... leía.

Una experiencia sin duda útil, pero válida sólo de forma transitoria. Así que, recuperada la salud, marcha a Austin, ciudad en la que se gana la vida como delineante, contable y ayudante de farmacéutico. Además, empieza a colaborar con relatos cortos en un periódico local y aprende a tocar la guitarra, llegando a formar parte del *Hill City Quartet*, todo un conjunto profesional. Se enamora de Athol Estes, una adolescente de apenas 17 años, enferma de tuberculosis e hija de unos padres adinerados que no ven bien el noviazgo. Pero estamos en 1877, el Romanticismo hace casi tantos estragos como el *Mycobacterium tuberculosis* y la pareja se fuga para casarse a principios del verano.

Al año siguiente Athol da a luz un niño inmaduro que muere a las pocas horas, pero en el otoño de 1879 alumbra a una niña, Margaret, que tendrá una gran influencia



Retrato de William Sydney Porter (1862-1910), más conocido por su seudónimo O. Henry.

en el esbozo de escritor. La vida parece sonreírles, más aún cuando un político amigo le da empleo como dibujante de campo y delineante en la Oficina del Registro de Tierras de Texas. El sueldo, nada menos que cien dólares al mes, le permite mantener a su familia y escribir relatos para algunos periódicos locales, una actividad para la que el mayor estímulo es Athol.

Sin embargo, la política es la política, su valor pierde las elecciones en 1890 y William Sydney Porter debe renunciar a ese trabajo... para emplearse como contable en el *First National Bank* de Austin. Un banco dirigido de manera turbia y cuyos libros de cuentas están sometidos a lo que los expertos hoy denominarían “cosmética contable”. En un momento dado, William es acusado de desfalco y, aunque no hay pruebas de su responsabilidad, es puesto en la calle.

Pasa a malvivir de sus colaboraciones literarias, enviadas con más puntualidad que remuneración, y funda la revista satírica *The Rolling Stone*, de la que es director y soporte literario. Pero a los poderes fácticos no les suele subyugar la sátira a su costa, sobre todo si posee talento y humor, y la publicación debe echar el cierre. En 1895, con Athol y Margaret, abandona Austin para ir a Houston, donde consigue empleo en el *Houston Post* como columnista. Tiene 33 años, bebe en exceso y malvive con 25 dólares al mes, pero ya posee un estilo propio y empieza a ser conocido.

El asunto del *First* sigue coleando y la Auditoría Federal le acusa formalmente. Niega los cargos, pero no tiene amigos ni dinero y es declarado culpable. Declina el orgullo y pide ayuda a su suegro, que paga la fianza, y puede recuperar la libertad. Sabe que su defensa es endeble y, a mediados de 1896, pocos días antes de verse ante el tribunal, toma las de Villadiego y huye a Nueva Orleans para escapar después por mar a Honduras y México.

Athol, minada por la tisis, vuelve con Margaret a Austin, donde es acogida por sus padres. No puede viajar a Centroamérica y William regresa para acompañarla, lo que significa ir a juicio. No obstante, su suegro consigue un aplazamiento y puede estar al lado de su mujer cuando muere en julio de 1897.

El tribunal le condena a cinco años de reclusión en la Penitenciaría del Estado de Ohio, donde ingresa en marzo de 1898. Es destinado a la farmacia del hospital, donde permanece poco más de tres años trabajando en el turno de noche. En ese período escribe con regularidad relatos que, bajo el seudónimo de O. Henry y gracias a la colaboración de un amigo que oculta su alojamiento, publica en periódicos de Nueva Orleans. Casi todo lo que gana lo remite a la familia de su mujer para cubrir los gastos de la educación de Margaret.

Nunca explicará la razón de ese seudónimo, pero, conociendo lo que la condena significó para él, tal vez lo compusiera a partir de su lugar de residencia (Ohio State Penitentiary).

Cuando recupera la libertad, en julio de 1901, viaja a Pensilvania, donde sus suegros se habían trasladado con Margaret. Parece ser que nunca hablaron mal de él y mientras fue niña siempre creyó que su padre estaba en “viaje de negocios”.

O. Henry decide ir a Nueva York en 1902, donde, sin un hogar fijo, siempre se hospeda en hoteles, como el Chelsea, el Caledonia o el Marty. Escribe relatos en el *Ainslee's Magazine* y en diarios de segunda fila, hasta que firma un contrato con el prestigioso semanario *New York World Sunday Magazine*, en cuyas páginas publicará puntualmente un relato cada semana durante casi ocho años. Deambulando por las calles o sentado en el vestíbulo de hoteles y estaciones de tren, observa y fija lo que ve. En su habitación, con la compañía inseparable de una botella de licor, su imaginación pone el resto.

Un redactor del *McClure's Magazine* y fiel lector de sus textos le da la idea de agrupar la producción previa en un libro, y en 1904 publica *Cabbages and Kings*, en el que vierte historias imaginadas o vividas durante su estancia en Texas y Centroamérica.

Pero ahora los protagonistas de sus relatos son los habitantes de Nueva York. Las personas anónimas de la calle, los individuos opacos, los peatones sin aparente interés entran y salen de sus páginas, y quizá por ello sus historias gozan enseguida del aprecio de los lectores. Probablemente una anécdota sea lo que mejor defina su objetivo. Cuando un crítico de la variedad de los creadores de opinión pontifica que en aquella gran ciudad sólo existen 400 personas que “cuentan de verdad”, O. Henry recopila veinticinco cuentos y los publica en 1906 en un libro que titula de *The Four Million*; un homenaje a los cuatro millones de habitantes que por entonces tiene Nueva York y que sí cuentan para el escritor.

Los individuos y la ciudad viven en cada una de las páginas de un género literario que en su forma moderna nace en gran medida con O. Henry. Un género que con él empieza a ganarse el respeto de todos: el relato breve; el cuento, si se prefiere.

Escribe sin parar, bebe sin medida y dilapida lo que gana. Necesita recordar sus raíces y en 1907 vuelve a Greensboro, donde se encuentra con Sara Lindsey Colleman, su amor de adolescencia, con la que se casa tras una breve relación. En ese año publica dos libros de cuentos, *Heart of the West* y *The Trimmed Lamp*, que al igual que *The Gentle Grafter* y *The Voice of the City* (ambos editados en 1908) tienen un notable éxito.

Pero su vida matrimonial es un desastre y dura apenas dos años, ya que Sara le abandona en 1909. Físicamente deteriorado y emocionalmente roto, sus últimos libros, *Options* (1909) y *Whirligigs* y *Strictly Business* (los dos editados en 1910) son recopilaciones de cuentos que ha escrito meses o años antes.

* * *

William Sydney Porter, O. Henry, diabético y cirrótico, murió el 5 de junio de 1910 en su querida Nueva York. No llegó a cumplir los 48. Su cadáver, acompañado de unas cuartillas en blanco sobre la mesita de noche y dos botellas de whisky vacías al lado de la cama, fue hallado en su habitación del Hotel Caledonia.

Más tarde se publicarían varios recopilatorios de cuentos inéditos: *Sixes and Sevens* (1911), *Rolling Stones* (1912), *Waifs and Strays* (1917), *Letters to Lithopolis* (1922) y *Postscripts* (1923). Escribió no menos de seiscientos relatos, casi todos excelentes y contruidos sobre el inesperado requiebro de la página final. Ante tanta y valiosa producción, sorprende que no intentara enfrentarse a la piedra de toque de la novela. Pero, tal vez, ello obedeciera a que siempre fue fiel a la máxima: "Haz sólo lo que sepas hacer". En cualquier caso, pocos como él han sido capaces de distinguir lo sencillo de lo simple y llevar al papel la vida cotidiana del hombre común con esa difícil mezcla de humor, sencillez, realismo y simpatía.

Y si Boris Eichenbaum (1886-1959), profesor de Teoría de la Literatura en San Petersburgo y prestigioso miembro del formalismo ruso, opinaba desde un punto de vista crítico que "la obra de O. Henry es uno de los modelos de mayor trascendencia en la historia de la narrativa", quizá fuera André Breton (1896-1966) quien mejor resumió su carácter: "Su humor, como el del primer Chaplin, es tierno y no pretende cambiar las estructuras del mundo. Está libre de toda amargura gracias al sentido del amor maravillado y por el don que posee de inclinarse a voluntad sobre el pozo de ilusiones de la infancia".